



Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION. 17.

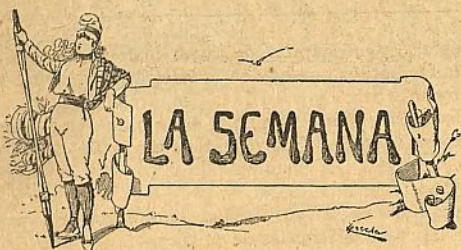
DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.



CANTANTES CÉLEBRES

MARIA VAN-ZANDT.





Es lástima que cierta clase de acertijos haya pasado de moda; por que sino, podría empezar mi crónica preguntando al lector:

—¿En qué se parece el orden público á una muchacha vergonzosa y tímida?

Y es seguro que el lector, perspicaz y listo como él solo —es decir, como él solo no: como todos los lectores de LA SEMANA—me diría al instante:

—Pues ya se vé; en que se turba por cualquier cosa.

No es de extrañar, por consiguiente, que las autoridades no hayan pegado los ojos en estos días, habiendo sobrados motivos para que el orden público se turbase, y aun se pusiera rojo como una amapola, ó como un gorro colorado, para que el simil tenga más exactitud.

Los oficiales vieron sus respectivas estrellas ante la orden de dormir en el cuartel, se doblaron las guardias, ó las doblaron por la mitad, y, por último, se restableció la previa censura telegráfica, con lo cual Mansi, al revés que el sastre de Campillo, ni nos ha servido de balde ni nos ha puesto el hilo.

—¿Sabe V. que se halla restablecida...?

—¿Quién? Alguna enferma del dengue.

—No señor; la previa censura telegráfica.

—Vaya, pues no me alegro del alivio.

Luego se ha visto que en casos excepcionales y críticos como el presente, todas las precauciones son pocas porque á pesar de estar las autoridades tan llenas de ojos como el congrio en conserva, no ha podido evitarse que la hiedra revolucionaria asomase su rostro feroche allá por Jaen.

Así lo ha participado D. Lope de Sosa, ó quien sea el gobernador de esa provincia donde se celebró la famosa cena de Baltasar de Alcazar.

Los facciosos hicieron una de las suyas en la vía del ferrocarril, porque el ramo de Comunicaciones es el primero que paga el pato cuando llegan casos como este.

—Pero hombre, ¿tan grave ha sido lo de Andalucía?

—Si señor; figúrese V. que rompieron la vía del ferrocarril.

—Pues, hijo ¡ni que hubieran roto la vía láctea!

—Después levantaron las traviesas...

—Eso no pasa de ser una travesura.

—Luego querian hacer volar el tren.

—Pues, hombre: aquí donde van tan despacio, hacerlos volar sería un progreso.

La partida armada, de que hablaron los primeros partes no ha aparecido por ninguna.

Y esto quizás se deba á lo mal organizada que ha estado la persecución.

Si la guardia civil, en vez de recorrer el despoblado, hubiera visitado los círculos de recreo de la provincia, otro gallo les cantara.

Porque allí, en esos sitios, es donde está siempre la partida armada.

La gripe que atacó en un principio á nuestra nación ha degenerado en pulmonía.

Por de pronto, á España le duele el costado.

El costado correspondiente á Portugal.

Y el dolor se extenderá por todo el cuerpo como la jacarandosa matrona respire esa atmósfera de alianza ibérica, cuya conveniencia en estos momentos empieza á predicar parte de la prensa extranjera.

Ellos van á su negocio y hacen muy bien.

Pero conste que nuestro Ministerio de Estado no es un ministerio de... negocios extranjeros.

La guerra luso-británica nos tienes sin cuidado.

El conflicto anglo-portugués nos coge inapables.

La disputa actual entre la marrullera Albion y la incauta Lusitania nos produce el efecto de una plática de familia, de la que nunca hicimos caso.

Y digo «plática de familia» porque no es nuevo en ellas que el pícaro del tutor acabe por explotar al pupilo.

Asistiremos á la lucha con la frialdad del espectador más inalterable: sin echarle cigarros al vencedor ni pedir la muerte del vencido volviendo hacia el suelo los pulgares como hacían en el Circo las damas romanas.

Todos saben que somos amigos de los portugueses; en calidad de tales celebraremos que obtengan con sus triunfos materia sobrada para otras *Lusíadas* como las de Camcens.

De nuestra amistad con los ingleses tampoco habrá quien dude.

Estamos con ellos más que á partir un piñón.

A darles un peñón entero.

Como se trata, pues, de una lucha entre amigos, con verla basta.

—Niño—preguntaban en un exámen de párvulos— España, ¿qué es, masculino ó femenino?

—España, España—balbucía el muchaco—debe ser neutro...

Y esta contestación, muy poco gramatical, pero en alto grado diplomática, marca nuestra norma de conducta.

Acaso tratan de meternos en el ajo, aprovechando un incidente ocurrido la otra tarde en Lisboa.

El que arrancó y entregó á las turbas el escudo de la legación inglesa es un carbonero y dicen que español por añadidura.

Pero ¡bah! ¿quién conoce á un hombre con la cara tiznada?

Además, que su iniciativa en el tumulto puede justificarla plenamente.

¿Dónde se ha de meter un carbonero para hacer negocio?

Pues allí.

Donde hay cisco y, sobre todo, donde van á repartir leña.

LUIS ROYO VILLANOVA



EL MONÓLOGO DE UN BOTIJO



Vaya, héteme aquí aposentado en la ventana de este guardillón, vecino de las estrellas... Un sueño me parece el haber escapado del calabozo de la cacharrería. ¡Qué estancia tan horrible la de aquel tenducho!... ¡No sé como he podido resistir meses y meses sin desportillarme, entre mis secos y puerocos compañeros, hacinados unos sobre otros, sin asomar nunca el pitón al aire, y confundido con los barreños y las cazuelas!...

¡Lozoya! ¡qué cerca estoy del alero del tejado!... ¡Dios me libre de la embestida de un gato corretón, porque me voy del rafe al piso sin remedio! ¡Beso á usted la antena, señor grillo!... ¡A los capullos de ustedes, señoras rosas!... ¡Muyalbahaca mía!... Glu... glu... glu... ¡Quietos, quietos, no moverse; yo ocupo muy poco sitio!... ¡Y luego dirán que no somos finos los de Talavera!... ¡Parecen muy simpáticos mis compañeros de alfeizar!... Me alegro; no me gusta la soledad...

Pues sí; ayer me compré el ama, y el día de hoy lo he pasado muy fresco, disfrutando del airecillo que se colaba por la entornada puerta del cuarto... Pero si es ese el lugar que me destinan, maldito si me agrada, porque hay unos clicos que juegan á la peonza en la meteta de la escalera, y son capaces de agujerearme... ¿Que si estoy contento del ama?... ¡Ya lo creo! ¡no me ha probado más que dos veces, y dice que hago un agua fresquisima, y que parezco una garapiña!... ¡Le prometo muy buenos gazpachos!... ¿Que si bebe á chorro? No: á chupetones, ¡y dá un gusto el sentir la presión de sus labios de guinda!...

¡Hola!... ¡La luna!... Si señora, es la primera vez que salgo á esta ventana de la jaula y las macetas... ¡Tiene usted muy buen golpe de rayo, y es usted sobrado fiso-

nomista!... ¡Qué jarana de astro; cómo se sabe de memoria los botijos que hay en la calle!... ¡De suerte que no soy yo el único novato de la temporada! ¡Ah, si!... ¡Ya la distingol!... ¡En el principal de la casa de enfrente!... ¡Preciosa botija!... ¡Qué repujados tan lindos!... ¡Muchas gracias!... ¡El gusto ha sido mío!... ¡A la disposición de su luz!...

¡Ea, ahora entro yo!... ¡Qué hermosura de botija! ¡Qué labores tan finas las de su cuerpo!... ¡Me entusiasma ese cacharro y me rezumo de emoción al verle!... El grillo me informará de quien es esa botija del balcón... ¿Que no sabe usted nada?... ¡Qué bicho tan áspero!... ¡Las rosas me darán noticias!... ¡Sí, señoras!... ¡Ustedes que están en relaciones con el clavel del sota-banco de al lado, comprenderán el fuego que me arde en las entrañas!... ¡Se me ha puesto el agua como caldo!... ¡Ah!... ¿No tiene esa botija novio? ¡Entonces es segura mi conquista en cuanto le haga una seña con el asa!... ¡Pero ante todo, es preciso que me distinga; sin atisbarme es imposible que advierta mis galanteos!... ¡Si yo pudiera empinarme un poco y asomarme al rafe del tejado!... ¡Pero quién me empuja?... ¡Justo! ¡He triunfado!... ¡La cortina de la ventana!... En vez de resistirme á las ondeadas con que la abofetea el viento, me dejaré arrastrar por la lona y punto concluido!... Ya en el alero, es cuestión de maña el detenerme, y el llamar desde allí la atención de la botija!... ¡Aupa!... ¡Agua sucia!... ¡Soy perdido!... ¡La fuerza de la tela me ha volcado!... Siento que me derramo y peso menos... me voy derecho á las piedras de la calle... ¡Socorro!... Glu... glu... glu... ¡Plaf!...

Y un estrépito de loza machacada y de barro hecho añicos, como de cacharro que se destroza al caer de la altura, rompió el silencio del paraje y la quietud de la noche, poniendo en fuga á un gato que por allí husmeaba oliscando los montones de basura vertidos por los vecinos, y el que, arqueado y con los pelos de punta, huyó mullando: «¡Miau... miau!... ¡Un botijo se ha estrellau!...» mientras arriba, en el guardillón, cantaba implacable el grillo con su agudo chillido: «¡Guirrí... guirrí... todos los tenorios acaban así!»

ALFONSO PEREZ NIEVA.

LAS DOS CORONAS

I

Como nació hija de un rey, subió la princesa al trono, porque tenía en su abono el mandato de la ley: y, entre lisonjas y honores y caricias del destino, pasó la vida: un camino cubierto todo de flores.

Fué dura á veces; quizás de su poder abusó, pero á lo que ella ordenó nadie se opuso jamás; y, fuera justo ó injusto,

su capricho era la norma de sus acciones, de forma que hacia siempre su gusto.

II

Un momento de locura por anhelos de placer dió la vida á otra mujer, negándole la hermosura, y, en vez de roncós cañones, de fiestas y algarabía, anunciaron que nacía dicterios y maldiciones.

Como una sobra, que acusa una falta á la honradez,

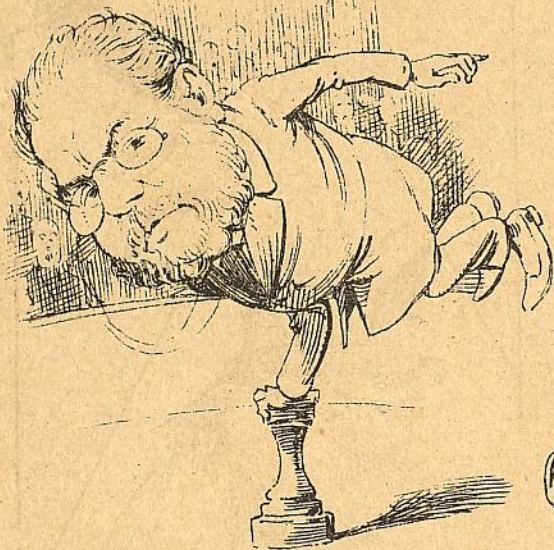
durmió por primera vez en el torno de la Inclusa. Y cuando ya tuvo edad, por sus padres preguntó, y un letrado respondió:

—¿Tus padres?... ¡La caridad!...

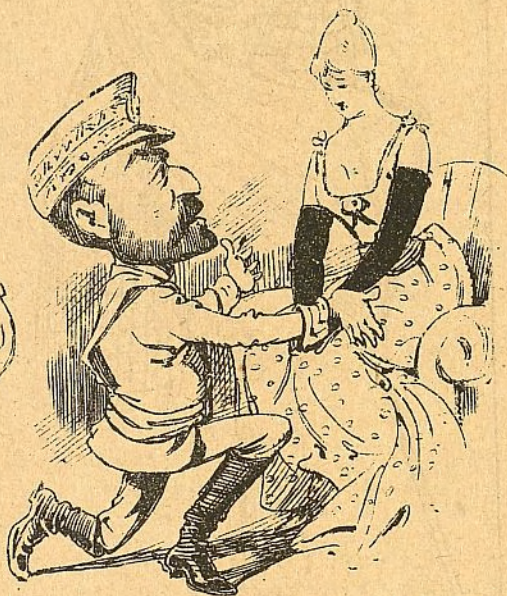
Sobre el tédio y el bochorno, pide un beso... y el tal beso no está en los labios de yeso que hablan encima del torno... Roncos gemidos exhala, y así repite con pena:

—¡La caridad... si que es buena! ¡Pero como madre es mala!...

RECORTES Y FRASES
de la prensa de estos días, POR ESCALER.



«Madrid 8. — Los amigos del Sr. Martos juzgan que en este momento es su actitud verdaderamente violenta».



Madrid 10. — «Coméntase mucho la declaración del general Lopez Dominguez...»



«Parece que durante estos días se han tomado determinadas medidas...»



«Madrid 9. — La impresión general es que el jefe de los conservadores ofrecerá su apoyo al Sr. Sagasta...»

LA VIDA EN EL CAMPO... DEL MORO, POR PONS.



El Pastor

La Pastora

III

Y, en fin, en una ocasión
las dos mujeres se hallaron
no sé donde, y se enredaron
en esta conversación:
—Di... ¿no sabes saludar?
—La he saludado, señora...
—¿Por qué te paraste ahora?...
—Para verla á usted pasar.
—¡Ah! ¿Te admira mi poder?...
—Yo no me admiro de nada...
—Eres fea, desdichada.
—Soy fea... ¿cómo ha de ser!
—¿Me envidias?—¿No quiera Dios
que incurra en tal sentimiento!
Aunque vos sois un portento,
iguales somos las dos...
—¿Te atreves?... ¡Vaya!... ¡Es cinismo!
—¡Iguales las dos?—En todo:
Lodo al descubierto ó lodo

barnizado... ¿no es lo mismo?
—Mi corona...— No os abona
por mejor.—¿Que no!...—Lo sé
con seguridad... porque
¡también yo tengo corona!
En todo os salgo al encuentro,
y no penseis que es delirio...
¡La mia es la del martirio!...
No mireis... ¡Está por dentro...!

LUIS DE ANSORENA.

TALIÓN

¿Cómo? ¿que la perdone? Si pudiera
la perdonara yo; pero... ¡no puedo!
Entre mi amor y el suyo se levanta
la sombra de un fatal remordimiento,
que la salud me roba poco á poco,
dándome la apariencia de un espectro.
¡No sabes lo cruel que es esa fiera!
¡A mi me causa repugnancia y miedo!
Hallarás bien extraño
que un amor como el mío, tan intenso,
se haya trocado en odio; pues, te juro
que la quiero olvidar... y la aborrezco.
Nos unió la pasión. Ella es hermosa,
como la realidad de árabe sueño;
belleza que subyuga, que arrebató;
de ojos grandes, rasgados y muy negros
y labios donde bulle palpitando
nidada de suspiros y de besos.
Yo entonces estudiaba
la historia de latinos y de helenos,
y creía en amores y heroísmos.
Mi juvenil cerebro
albergaba las formas intangibles
de Leandro y Hero.
Era todo varón un Alcibiades;
toda mujer Lucrecia, ó Safo al menos.
Hoy varié de opinión. Hallo que el hombre
fué malo en todos tiempos;
miro las aguas del Earotas sucias,
el arpa eólica sepultada en cieno,
rotos los vasos múrinos y rotas
las ánforas etruscas, y el Salerno
manchando en asqueroso vomitorium
las togas de raquiticos mancebos.

Pero... voy al asunto. Aquella noche
gozaba en un extremo
del jardín con mi cípida, la gloria
que se puede gozar en lo terreno.
A favor de las sombras, mi adorada,

aprovechando el sueño
de su padre, buscaba mis caricias
A mis pies dormitaba Leal, el perro
á quien debí la vida de mi madre...
Pero roto el silencio
por cercano rumor, ella recela
que somos descubiertos
y á mi se abraza con temblor nervioso
cubriéndome de lágrimas y besos.
¡Figúrate á Leal, que vió un peligro!
Mil gracias á que pude yo cogerlo
é impedir que ladrara, amordazando
al valiente animal con mi pañuelo.
Luchaba el pobrecillo por soltarse,
luchaba yo también por contenerlo,
y ella á mi oído:—¡Mátale! decía.
¡Yo la miraba con asombro necio!...
—¡Mátale!—repetía—¡por mi honra!
Y yo como un idiota, obedeciendo
al magnetismo de sus negros ojos,
apretaba mis dedos
en la garganta de sedosas lanas.
¡Traición é ingratitud! Al ir muriendo,
clavaba en mí la víctima sus ojos
con un mudo estupor... que aun me da miedo.

Salí despues de allí como insensato,
y... ¡lo dicho!... no vuelvo.

Ella sé que me espera; mas, te digo
que cuando por la calle me la encuentro,
soberbia en su hermosura soberana,
me asaltan horrorosos pensamientos.
Asir su cabellera de azabache,
y alrededor de su nevado cuello
formar dogal de muerte con las trenzas
que yo cubriera de candentes besos.
¡Arrancar ¡vive Dios! á sus pupilas
la mirada angustiosa de mi perro!!

MANUEL MERA SOLANO

IN EXCELSIS

(Conclusión.)



asado el primer instante de estupor, san Pedro creyó que esta audacia del chicuelo tendría ramificaciones. Acaso estaba dirigida por aquel ex-ministro español que había perturbado la mansión de la bienaventuranza. ¿Cómo recibiría el Sér Supremo la noticia de esta rebelión sacrilega? Posible es que el angelito fuese castigado inexorablemente; posible es también que esto originase la caída del privado. Corrió, pues, con satisfacción censurable á dar este disgusto al Padre Eterno. No se detuvo en el camino más que media docena de veces para comunicar á otros tantos amigos de confianza la noticia, encargándoles mucho que la esparciesen y que soliviasen los ánimos.

El portero no dudaba de la justicia del Señor; pero, en fin, trataba de evitar que se empastelase el asunto.

No es cosa tan fácil entrar en Palacio...

En torno hay arcángeles con arcos y flechas, formando como un primer recinto; después otro círculo de la celestial milicia cruza sus largas picas; después un más tupido cordón de soldados vibra sus flamíferas espadas, y en las puertas, hermosos gigantes de nervudos brazos, alzan y bajan al son de trompeta los puentes, levadizos. ¡Siempre cuesta mucho trabajo ver á los reyes, y siempre están rodeados de militares! Pero, en fin, con una buena recomendación ó siendo persona principal, se logra verlos, así en la Tierra como en el Cielo.

Más dificultades tuvo que vencer el Apostol, dentro ya del palacio; porque las armas se rinden más fácilmente que la etiqueta. Al fin y al cabo, fué pasando de gentilhomme en gentilhomme, y de una en otra cámara, haciendo reverencias y recibiendo saludos en el honroso trayecto de unos cuantos kilómetros. Por desgracia, el Señor estaba en la estufa central—en la *sérre*—como dicen los justos á la moda. Edén indescriptible.

Un angel, resplandeciente como un *sprit* de pedrería, le cortó el paso, con las alas abiertas.

—¡Su Majestad no está visible! le dijo.

San Pedro se detuvo é inclinó la cabeza con dolor. Era la primera vez que el Maestro le negaba, como él le había negado. Dos lágrimas surcaron sus mejillas, curtidas por las tempestades del lago de Genezareth.

—¡El Sol no alumbrará ya la tierra!—exclamó, volviendo melancólicamente sobre sus pasos.

Sus lágrimas hubieran dado compasión al mismo Luzbel, pero no la inspiraron á las bandadas de angelillos que cruzaban de árbol en árbol por el jardín, regalándose con fruta.

Le apedrearon con los huesos.

Le juzgaban caído.

Crece la marea; se condesan los vapores revolucio-

narios.—¡Habrá sol!—¡No lo habrá!—¡Tiene razón!—¡No la tiene!—Pero, en general, los bienaventurados están muy contentos de que haya motín.

El privado sufre una gran perturbación mental ante un suceso tan grave. Se trata de un favorito y hay que apoyarle; mas, por el buen parecer, forma una junta de varones eminentes que entiendan del asunto.

El angel rebelde es llamado á dar explicaciones. Sus explicaciones constituyen un discurso. Este discurso es muy elocuente y produce gran sensación.

Oigamos:

—Señores—dice—espero que me hagáis justicia: para eso sois justos. Mi resolución es irrevocable. ¿Sabeis á qué obedece? A mi conocimiento del Mundo, de cuyo alumbrado se me encarga, y que yo pienso dejar á oscuras. Permitidme una mirada retrospectiva... y un caramelo. (Pausa.)

«Hace días me habeis destituido de un cargo importante. Yo era pesador de almas. ¡Mal empleo, señores! Estos funcionarios dimiten casi todos. Al poco tiempo de ejercerle contraen como una especie de tristeza negra... ¡Es tan doloroso para un ángel llenar por sus propias manos el Infierno! Y ¿qué hacer? todos cuantos llegan son pecadores empedernidos. Ya, por costumbre, la misma balanza se inclina del platillo del mal antes de echar en él los pecados. (Emoción)

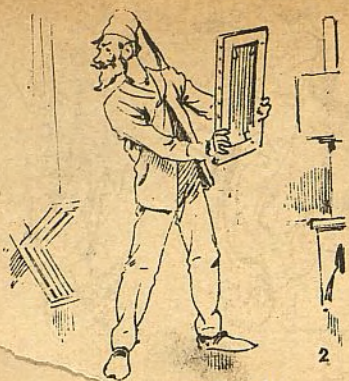
«El primer día encontré divertida la tarea: se me presentó un público bastante variado: un torero que había muerto al dar un quiebro; un canónigo que no hacía más que suspirar y darse golpecitos en la panza; un duque que preguntó dónde esperaban los nobles; un socio del Casino de Madrid, que preguntó por el treinta y cuarenta; una *cocotte*, algunos timadores y dos artistas coreográficos, suicidas por amor. (Risas).

(El ángel pide un vaso de agua con azucarillo).

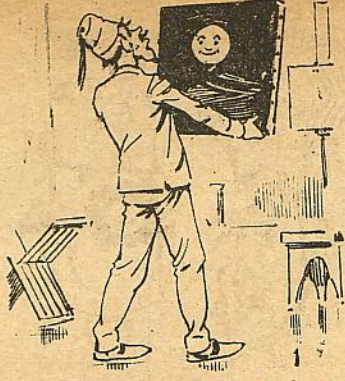
«Pero en mi cargo de pesador de almas fuí sintiendo aumentarse mi desprecio por la humanidad. ¡Tan pocas virtudes! ¡Tantos pecados! Así es que yo, muchas veces al terminar la faena del día, decia, pensando en el hombre: ¡Mal barro, lodo más bien, escoria! Miles y miles de años há que fué poblada la Tierra y alumbrada por el Sol; miles y miles que la razón humana presiente y busca los principios de moral y justicia: la Tierra misma se ha transformado; donde hubo desiertos hay naciones; donde hubo naciones hay desiertos; la caravana muere de sed donde el pescador, en la aurora del Mundo, tendía sus redes, y mañana, Madrid, París y Londres serán ciudades de corales y madreporas!... ¡Todo ha cambiado, todo cambiará, menos el hombre! (Aprobación).

«Si el Sol vuelve á iluminar la Tierra, ¿serán los hombres dichosos? ¿Cómo han de serlo? Los hombres todo lo pueden, menos ser felices... Ellos apuntalan lo caduco y derriban después lo que apuntalan; ellos tuestan ó guillotinan á los reformadores, y coronan sus estatuas luego; ellos rezan, pero no creen; ellos declaran inviolable la propiedad, y roban; se casan, y adulteran; buscan el oro, supremo dispensador del bien, y le derrochan en el mal. ¡Al cabo de tantos siglos, civilizaciones y filosofías, el fuerte oprime, el débil sufre, la mujer se lo es buscada para el placer, se edifican cárceles, se alzan patibulos, y la paz no es más que un descanso en la guerra!... ¡Y dicen los hombres de Estado de esas sociedades que sus principios y sus leyes son las únicas aceptables y posibles!... ¡Será verdad, pero ya lo veis, con esas leyes y con esos principios

PRESENTIMIENTO, POR CILLA



--Me parece que han llamado.



--¡Hermoso efecto de luna me ha resultado! este efecto de luna pasará á la posteridad.



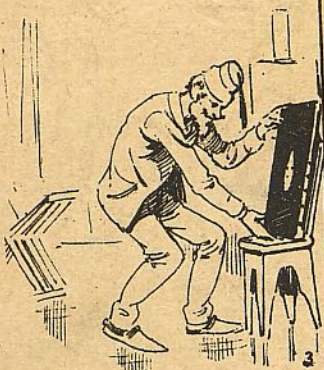
--Yo no estoy bueno, no señor: me duele la cabeza y... ¿si tendré yo el trancazo?



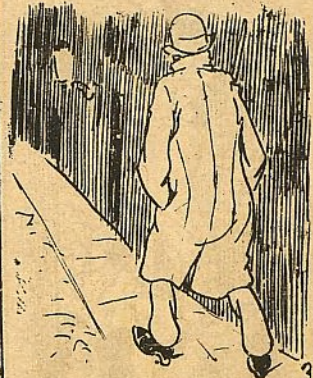
--Pero Isabel me esperará impaciente y... allá voy.

15 CENTIMOS.

MAL DE MUCHOS..., POR PONS.



--Decididamente, han llamado.



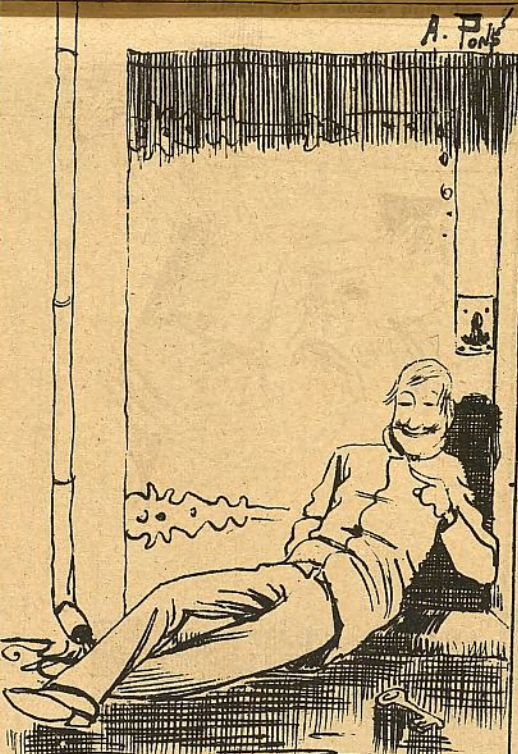
--¿No lo dije yo? Allí está



--¡Amigo D. Facundo! ¡Qué agradable sorpresa!



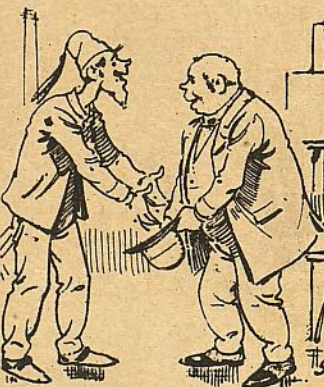
--¡Y ahora el reloj! No, no te vayas tú tampoco.



--¡Y la chistera! Vaya mucho con Dios, que yo cojeré un costipao sin sombrero, pero no va á ser chico el que él coja sin cabeza.



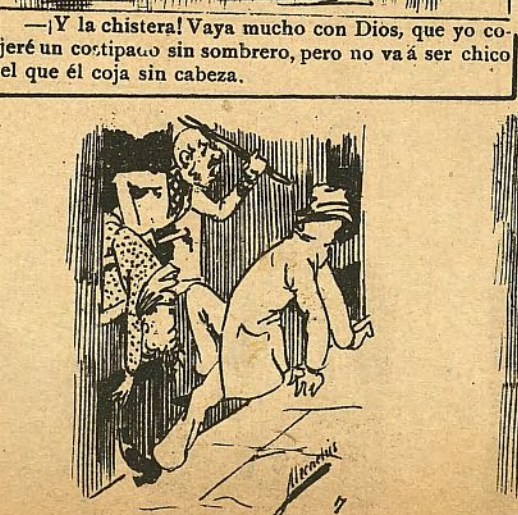
--¿Por qué no has venido más temprano?
--Porque están las noches muy húmedas, y como yo no estoy bueno y le tengo tanto miedo al trancazo...



Siéntese Vd., siéntese Vd.



Y al levantarse D. Facundo, ve el pintor confirmado su presentimiento, porque el efecto de luna ha pasado á la posteridad.



Y para que vean Vds. lo que son los presentimientos!



--¿Sabes, monina, lo que podías hacer? Darme un beso
--Tómalo.



--Vaya, le he hecho á Vd. media hora de visita... y me marchó.



--Y ahora ¿le temes al trancazo?
--Sí, hija; con franqueza. sí.

LA SEMANA CÓMICA

15 CENTIMOS.

cada día entran menos almas en el Cielo! (*Sensación prolongadísima*).

(*Otro caramelito*).

«¡Sabedlo! Dios no reina en el Mundo; sólo reconocen su existencia los poetas, para tener el pretexto de debutar con un himno en su alabanza. Los sabios no le reconocen aún, si bien dicen que ya van explicándosele; y los mismos curas sólo se preocupan de llegar á ser canónigos ó capellanes de honor. ¡Ah, señores! bajo la influencia de estas consideraciones, no podía estar contento en mi destino, y pensé dimitir... Pero llegó antes mi destitución, injusta...

«Una voz: ¡Justísima!

«¡A eso voy! Se me acusó de irregularidades en el peso; se dijo que los padres, los hijos y hasta los parientes de los santos de mi devoción entraban por la puerta del Cielo como por la de su casa. ¡Ah, señores! lo repito: el Mundo está de modo que si no se hace la vista gorda, no entrará en el Cielo nadie! (*Señales de asentimiento*).

«Fui destituido y se me dió un ascenso; se me encargó del Sol para el año que nace... El Sol, señores, no es, como los sabios se imaginan, un globo de hielo resplandeciente, ni un golfo de llamas; es una luminaria más en la gloria del Señor; un pobre farolillo de esta gran iluminación veneciana. Ayer se apagó; hoy debe ser nuevamente encendido; ya se acerca la hora; ya esperan los mortales su luz y su calor... ¡Yo le encendería con gusto si debiera alumbrar sociedades virtuosas y pueblos dichosos, pero me niego á dar sus resplandores al egoísmo, al crimen y á la infelicidad! ¡Negra y eterna sombra cubra para siempre Mundo tan despreciable!» (*Agitaciones en los bancos; silbidos, aplausos, tumulto*).

El orador recibe las felicitaciones.

No hay Sol. Ya está decidido. No le merece la humanidad.

¡Qué triunfo para el orador!

Sin embargo, los bienaventurados que tienen familia en la Tierra no pueden menos de atribularse, y acuden á Dios en alzada.

Dios los recibe bondadoso y sonriente.

—No tengais cuidado—les dice.—Si todos los hombres fueran buenos, la felicidad existiría en la Tierra, y no tendría razón de ser este Paraíso. ¡Habría Sol...! Al menos este año... para castigar la rebeldía de ese picaruelo... ¡El lo encenderá ahora mismo, por sus propias manos!

Los justos forman corrillos para comentar los sucesos. San Pedro, satisfecho de que Dios haya castigado la rebeldía del angel, se inclina ya en favor del víctima.

—¡Este Señor es demasiado bueno!—exclama.—Después de todo, el chico lo hacía por el bien de los hombres. Yo no sé como ellos mismos no están cargados ya del Sol... ¡Vaya una vida!—Invierno: los pobres, hambre, miseria y frío. Verano, los ricos á las estaciones de baños europeas; los pobres, hambre, miseria y calor. Y lo mismo siempre: la venida de los Reyes Ma-

gos, en Enero; locos que se disfrazan, en Febrero; coquetas que oyen sermones, en Marzo; muchachas que salen á coger flores, en Abril; estudiantes que asean por el Retiro, en Mayo; mi verbenas con sus turcas y garrotazos correspondientes, en Junio; más y más verbenas, en Julio; la siega, en Agosto; la fruta, en Septiembre; la vendimia, en Octubre; coronas y lágrimas conmemorativas, en Noviembre; y el año, por fin, concluyendo entre chincharras é indigestiones. Y todos los días, vestirse, comer, beber, trabajar, leer los periódicos, adular, engañar al prójimo, seducir á la prójima, perder una ilusión y recibir un desengaño. ¡No sé cómo ellos mismos no piden que les apaguen el Sol!

El angel que tuvo á su cargo el cuidado del Sol entrega al angel de Murillo los útiles de entretenimiento y limpieza.

Como el nuevo empleado tiene la cara muy triste, su compañero procura convencerle de que no es tan malo el empleo.

—Siempre es una satisfacción—le dice—hacer el bien, y tú le harás con solo alumbrar la Tierra.—La noche es tan mala, que Dios la llenó con el sueño. Tú eres algo pesimista; el hombre mejora: sus ideas y sus sentimientos cada día son más razonables... ¡En los tiempos primitivos era un animal salvaje; en la antigüedad y en la Edad Media, un tirano ó un siervo; hoy es un sabio y un sér libre!

—No digas tonterías—le interrumpe su compañero, disponiéndose á limpiar la Gran Linterna;—su sabiduría consiste en declararse nieto del mono, y su libertad en morir de hambre en los campos y de asfixia en las minas.

—Eres pesimista—repito:—durante mi año se ha progresado bastante, y durante el tuyo se progresará más... Ya no se quebrantan los principios de la moral sin escándalo y sin protesta; ya la guerra misma no se hace en nombre de los monarcas, sino de los pueblos, la idea de la patria cede ante la de la humanidad; y la humanidad se complace en la idea de constituir una sola familia. La ciencia y la industria difunden el bienestar, abaratando la vida; todos los hombres comen bien, se divierten, tienen un duro en el bolsillo y gastan levita y sombrero de copa. Algo les falta, pero lo tendrán si se les ayuda un poco. Después de todo, son fáciles de contentar. Su mayor placer vas á proporcionárselo. ¡Cómo se alegran por la mañana, cuando abren la ventana de su chiriviti y entran en él los rayos del sol, y cuando reparan que al dulce calor de esta farola maduran las espigas en los sembrados y las frutas en los árboles! ¡Triste es, sin duda, alumbrar crímenes; pero te alegrarás mucho de haber encendido el Sol cuando veas á los amantes de los jardines, á las multitudes en los paseos y las romerías; á las locomotoras cruzando la Tierra; á los vapores surcando los mares! Yo le encendí siempre gustoso tan solamente por enviar uno de sus rayos á las oscuras y húmedas prisiones... y ver resplandecer los cadavéricos rostros de los encarcelados con inefable alegría!

—Confieso... que me enterneces... Prometo cuidar del Sol lo mejor que me sea posible...

—Además... con franqueza: ¡Los hombres progresan tanto, que inventarán otro Sol si se le negásemos!

--¿Qué dices?--exclamó el ángel de Murillo--¡eso sería para nosotros más humillante que alumbrarles!

Acaban de saber que el encargado de alumbrar la Tierra, al encender el Sol, se ha quemado los dedos.

Amanece...

ISIDORO FERNÁNDEZ FLOREZ.
(*Fernanflor.*)

Los angelitos se ríen mucho.

CASO FRECUENTE

Llora, mujer infame,
y con lágrimas purga tus delitos;
no esperes conseguir con roncós gritos
que el mundo tu deshonra no proclame.
¿Por qué razón le diste el primer beso
permitiendo después que te abrazara?
¿Que le amabas? ¿Y qué? ¿Solo por eso
uniste tus mejillas con su cara?
¿Quién, que no fueras tú, consentiría
que con palabras dulces la embriagara?
¿Quien en sus juramentos fiaría?
Tú fuiste entonces candorosa y pura,
recibiste sus pérdidas caricias,
y hoy, en pós de aquel cielo de delicias,
se presenta un infierno de amargura.
Y has de ver que no es causa atenuante
de la falta de honor que has cometido,
mostrarte de sus mañas ignorante,
para decir que crédula y amante
ante el engaño vil has sucumbido.
Porque es lo que diría el mundo entero:
¿Cómo puede existir el amor puro,

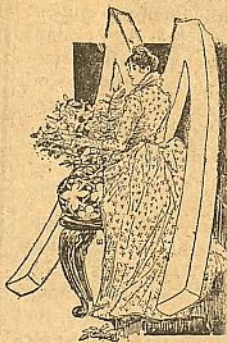
cuando todos sabemos que es mentira,
y cuando se pronuncia algún «te quiero»
sólo un capricho loco nos lo inspira?
Nadie te ha de creer, yo te lo juro,
porque el siglo nació positivista,
marcha el mundo con él de un modo armónico
y no hay una persona un poco lista
que crea hoy día en el amor platónico.

Y mientras tú, desprestigiada y triste,
de cada boca has de escuchar un chiste
y en cada hombre has de ver un enemigo,
como justo castigo
al crimen por amor que cometiste,
has de ver angustiada
al seductor que la honra te ha quitado,
del mundo que te escupe agasajado,
y has de oír la sonora carcajada
que celebra lo que él de tí ha contado.

Llora, mujer. Que siga su carrera
el mundo hermoso que al placer convida.
¡Llor al seductor, al calavera!
¡El desprecio á la virgen seducida!

JUAN LORENTE DE URRIZA.

DEFINIDORES



e acuerdo todavía—¡y cuidado que han transcurrido años desde que lo lei!—de un tratado de Geografía astronómica, física y política, escrito en verso, digámoslo así, para uso de los alumnos de instrucción primaria de las escuelas municipales.

No recuerdo, ni me hace falta, el nombre del autor, pero no se han borrado ni creo que se borren de mi memoria, aunque viva cien años (que no los viviré, ni muchísimo menos) versitos como los siguientes.

«Los grados en geografía
llevan, por encima un cero.
Los minutos, según sean:
una raya los primeros,
dos rayitas los segundos,
tres rayitas los terceros.»

Pues bien; en ese tratado de geografía astronómica, física y política, decía el autor:

«El granizo es piedra gruesa,
¡Dios nos libre de esa plaga!»

y esto mismo digo yo de los *definidores*: ¡Dios nos libre de esa plaga!, que es mucho más temible que el granizo y da quince y raya á todas las famosas plagas de Egipto juntas.

Los definidores... No puedo creer que los desconozcan Vds; se hallan en todas partes y en todas estorban; no saben nada de nada y hablan dogmáticamente de todo y ellos dan patentes de sabiduría y otorgan títulos de suficiencia y aquilatan los merecimientos del prógimo como si sólo para dar fama ó quitarla—más para quitarla que para darla—hubieran venido al mundo.

Se habla en presencia de los tales de un periodista que se propone escribir una novela, ó de un novelista que piensa fundar un periódico; se da noticia de un escritor que está terminando una comedia, ó de un editor que se dispone á emprender una publicación, y atajando la palabra honrada del que anuncia aquel propósito, lanzan *ex cathedra* su opinión, con el tono de quien ha dicho la última palabra sobre el asunto y ha dictado un fallo sin apelación posible.

—¡Bah! Fulano hará de seguro una majadería. Es

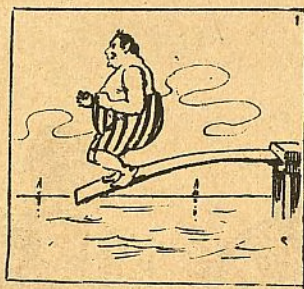
ALTA POLITICA, POR PELLICER.



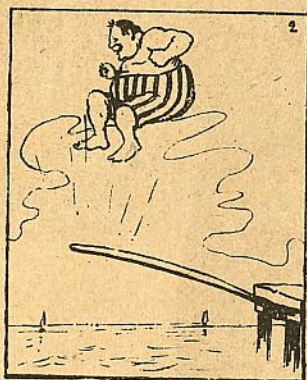
—Desengáñese Vd.: Gamazo no sirve, porque ¿qué es lo que hoy día se requiere para desempeñar una cartera?

—¡Oh, en eso tengo yo práctica! Lo que se necesita es dinero... y no haber perdido la papeleta.

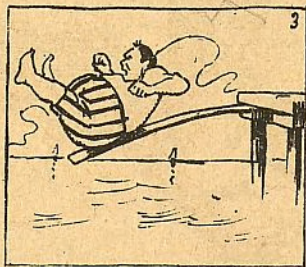
UN CHAPUZÓN, POR ESCALER



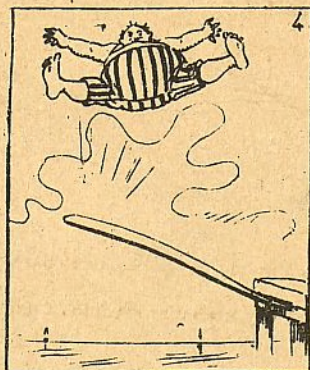
—¡Al agua, patos!



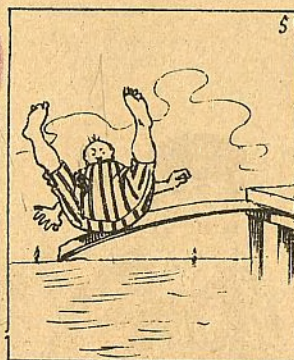
—¡Anda, cómo rebota!



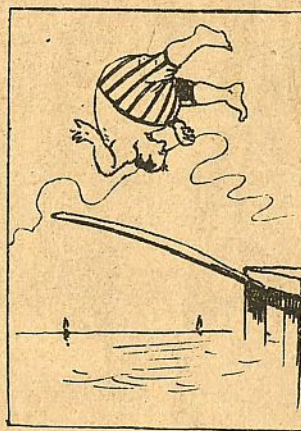
—¡Demonio!



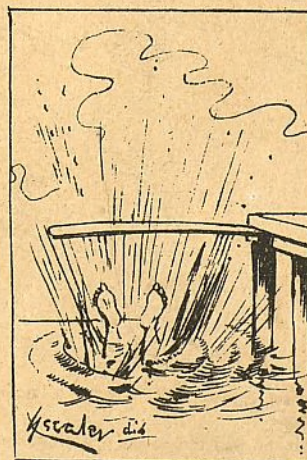
—¡Diantre!



—¡Sopla!



—¡Atiza!



¡¡Por fin!!

buen chico; á veces tiene gracia y no discurre del todo mal; pero en sacándole de sus articulejos insustanciales y de esas oírillas sin importancia que le han dado reputación, inmerecida por cierto, no sabe lo que trae entre manos. Ya verán ustedes como es cosa de decirle: «zapatero á tus zapatos; no salgas de las agudezas de café y de los chistes fiambres con que haces reír á unas cuantas docenas de tontos y déjate de intentar empresas para otros mejores que tú reservadas». Sirve para periodista, aunque malo, pero para autor dramático... calle Vd., por Dios; á la legua se conoce que no ha nacido para eso.

Y así, por este estilo, continua enjaretando sentencias que da gusto oír. Y suele ocurrir que se halla presente, mientras el definidor se despacha á su gusto, un editor ó un empresario; y como el *preopinante* habla con el desenfadado propio de quien está muy seguro de lo que afirma, y como los que le oyen callan como muertos, por aquello de que generalmente nos gusta á todos un poquito de murmuración, toman como artículo de fe aquellas sentencias del definidor y resuelven, en su fuero interno, no publicar la novela que aquel periodista lleve, ó no aceptar, por todo lo del mundo, el drama que le ha prometido.

Queda, por consiguiente, establecido y con autoridad de cosa juzgada, que Fulanito de tal ó Mengano de cual, que tiene gracejo y chispa y sal para escribir artículos, no han servido ni sirven ni servirán nunca para hacer comedias.

¿Por qué?... Porque el definidor lo dijo (*magister dixit*); porque un estólido, acaso sin mala intención y acaso también con aviesos proyectos, dijo lo que tuvo por conveniente y decretó que no podía escribir para el teatro el que, para hacerlo, no solía tener el *exequatur* del cónclave de definidores.

¿Pero, se me pregunta, existen de verdad esos caballeros?

Vaya si existen y los conocemos todos y hasta transigimos con ellos y casi, casi, acatamos todos su autoridad, cuando hablan de otro, y solamente la negamos y desconocemos cuando oímos decir que han hablado mal de nosotros.

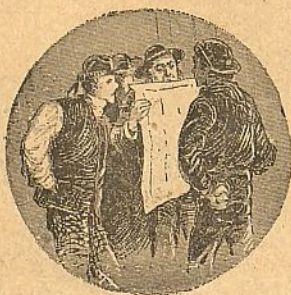
Bien que eso, sin oírlo, deberíamos figurárnoslo, porque el definidor no habla bien de nadie.

Por eso yo repito, como el autor del susodicho librito de Geografía... ¿El definidor?...

«¡Dios nos libre de esa plaga!»

«Amen.»

A. SANCHEZ PEREZ.



NIÑERIAS



odo padre debe mostrarse cariñoso con sus hijos, porque para eso es padre.

Pero no todos siguen esta línea de conducta, y hay alguno que en tra en su casa desesperado, y lo primero que hace es coger á un chico por el pellejo del cogote y decirle:

—¿Ha estudiado usted la lección? ¿Sabe usted quién fué Isabel la Católica? Diga usted algo acerca de la dominación de los godos... ¡Pronto, antes de que le rompa á usted la cabeza!

Los niños que tienen padres así, no pueden crecer á gusto, ni dedicarse á los negocios propios de la edad, ni romper los pantalones con confianza, y viven tristes y flacuchos como los gatos cuando se mojan.

A lo mejor se les pregunta:

—¿Qué tienes, Manolín? ¿Estás malito?

Y el interpelado contesta:

—Tengo un bulto en este vacío.

—¿De alguna caída?

—No señor: de mi papá, que me ha dado una patada.

Hemos conocido un padre de la provincia de Toledo, que cuando no tenía que hacer, cogía á su hijo por las piernas y lo fregaba todo con jabón y estropajo, porque era persona muy aseada. Después le ponía á secar en el balcón, y aunque el chico gritase pidiendo auxilio, él se limitaba á decir sentenciosamente:

—¿No es mi hijo? Pues hago de él lo que me parece.

—Por ese principio, hágase usted un chaleco —le replicaban.

—Todo será que se me ponga entre ceja y ceja. Yo le he dado el sér; por consiguiente, es mío en absoluto.

Con estos padres tremebundos contrastan otros de sentimientos dulces y de ternura infinita; padres de mantecilla de Soria, que duermen con sus hijos y están diciéndoles á cada paso:

—¿Quién te quiere á tí, cielo de la casa? A ver; muérdele en la barbita á tu papá... Más... más fuerte. ¡Ay, qué niño tan mono!

Los niños se acostumbran á hacer todo cuanto quieren, y á lo mejor entran en la sala cuando hay visita, y dicen al papá llorando:

—Papaito, ven á pegar á la muchacha.

—¿Por qué quieres que la pegue, rico de mi corazón? pregunta el padre todo conmovido.

—Porque le quiero dar en la nariz con la mano del almirez ¡y no me deja!

El papá se dirige á las personas que están de visita en estos términos:

—Con el permiso de ustedes, voy á arreglar este asunto.

Y va á la cocina para decir á la criada:

—Anda, Isidora: no le lleves la contraria á Candidito: deja que te pegue con la mano del almirez, porque si no, va á coger una rabieta y se puede poner malito.

Como padre benévolo y cariñoso, uno que conocemos hace años. Tiene un hijo que parece un sapo, y

que ha cogido la costumbre de arrancar al autor de sus días los pelos del bigote. Basta que le vea ocupado ó de conversación con un amigo, para que entre en el despacho y diga con la mayor naturalidad del mundo:

—Papá, vengo á eso.

Y se sube á la mesa para poder realizar cómodamente la cruenta operación.

—¡Cosas de chicos!—dice el papá, queriendo disculpar á los ojos del visitante el capricho del muchacho; y mientras éste le arranca pelos sin compasión, el papá refiere las agudezas del chico y celebra sus chistes, asegurando que no hay otro como él en toda la Península.

—Mire usted, es un chico especial. Casi todas las noches despierta con la manía de que hemos de levantarnos su madre y yo, para bailar una habanera en paños menores.

—¡Qué monada!

—Y nosotros, como le queremos tanto, bailamos un ratito, y después nos volvemos á la cama.

El celo paternal reviste diversas formas. Así como hay padres que creen que la buena educación consiste en atar á los hijos á una pata de la cama y darles con una zapatilla en la cabeza, existen otros que le dicen á usted con la mayor naturalidad del mundo:

—A los niños no es necesario tocarles para que adquieran dotes de inteligencia y de respeto á sus superiores. Yo educo á mi chico de una manera especial: cuando quiere romper una fuente ó hacer un agujero en la pared ó morder al gato, le dejo en libertad. Satisfecho su capricho, hace usted de él lo que quiere. Ayer mi Antolín quiso pintar de negro á su abuelita, y yo mismo le facilité una caja de betún y una brocha. Cinco minutos después, el niño estaba tan tranquilo como está usted ahora. ¿Qué hubiera logrado con prohibirle aquel ligero capricho? Nada absolutamente.

—Hace usted bien.

—¡Ya lo creo! La providencia nos concede el don inestimable de los hijos, y no hay más remedio que dejarles vivir á sus anchas. Yo soy hombre que no tolero imposiciones de nadie. Cuando era juez, tuve un día una cuestión con el presidente de la Audiencia, y le di con un pleito civil en mitad de la frente; después me llamó el ministro de Gracia y Justicia para regañarme, y le cogí por la nuez, que á poco más le ahogo. Pues bien, ahora mi chico viene á meterme plumas de acero por las ventanas de la nariz y á pellizcarme las orejas con unas pinzas, y me aguanto. Quiero que se convenza de lo mucho que le aprecio y no tenga que decir mañana: «Mi papá era un verdugo, que después de darme el sér, quería coartarme la libertad de acción y hacer de mí un esclavo...»

Los padres de buenos sentimientos no oponen obstáculo alguno á la libre voluntad de sus tiernos hijos, y les dejan comer en su mismo plato, beber en la misma copa y bañarse en la misma artesa.

Hay padre de familia que toma en casa baños sulfurosos para curar una erupción de carácter herpético, y lo mismo es meterse en la tina, ya están sus seis retoños llorando como cabritos para que les dejen participar de las afluencias paternas.

—¡De ninguna manera!—grita la madre.—Vais á adquirir la erupción.

—Déjales, Gumersinda—contesta el padre benévolo.

—¡Jamás, no comprendes que desarrollos miasmas dañinos? ¿Quieres contaminar á tu familia?

Al fin y al cabo los niños se salen con la suya y entran todos en el baño llenos de júbilo.

—Que se bañe mamá—grita uno de los chicos.

—Anda, Gumersinda, no contraries á estos angelitos. Desnúdate—agrega el papá en tono cariñoso.

—Que se bañe Josefa—dice otro de los muchachos, aludiendo á la criada, y la aludida protesta enérgicamente, porque conoce a su señorito, y sabe que es muy capaz de exigirle un baño sulfuroso para complacer á los pequeñuelos.

No todos saben ser padres; los unos porque extreman la autoridad paterna, colocando á los niños al nivel de los animales domésticos; los otros porque depoen sus prerrogativas en el hogar, convirtiendo á sus hijos en seres insoportables y temibles.

Nuestra mala fortuna nos ha llevado más de una vez á casa de D. Basilio, apreciable editor y padre de familia excelente, que vive bajo la enorme pesadumbre de tres chiquillos indomables; desde la mañana á la noche vivir encima de su papá, y uno se le sienta en las rodillas, otro se monta á horcajadas sobre sus hombros y el tercero se sube encima de los otros dos para dominar en absoluto; de suerte que D. Basilio desaparece bajo su prole, y no puede escribir, ni pasear, ni hacer pitillos, ni afeitarse.

—¿Está visible D. Basilio?—preguntamos á la criada antes de entrar.

—Está debajo de los niños—nos contesta.

—Corriente, pues dígame usted que me facilite un hueco por donde pueda conferenciar con él breves instantes. O si nó, dígame usted cuando duermen los niños, para aprovechar la ocasión...

Y á todo esto, D. Basilio se considera el padre más feliz de este mundo.

¡Allá él!

LUIS TABOADA.



Un principiante—Muy bien versificado, si señor, y hasta chistoso inclusive, pero ese final... ese final lo echa á perder.

Salvador.—Pues mire Vd: el uno es muy cochino; el otro algo cochino; el otro bastante cochino; y el que resta sumamente cochino. De donde se deduce que son todos cochinos.

Un poeta.—Jaen—¡Dios nos libre de poetas que espentan esas cuartetas!

Un dengoso.—Madrid—En el kiosco de D. Julián Rodríguez, Plaza de Santo Domingo, á doble precio que el número corriente. O J. C.—Barcelona—Graciosa, pero sucia. Y si deja de ser sucia, pierde la gracia.

D. P.—Orense—¿Diatribas contra el casero?

¡Muchas gracias, no las quiero!

E. M.—León—Ni contra las suegras tampoco. ¡Yo no sé como queda ya en el mundo quien escriba contra las suegras!

A. H. J.—Barcelona.—Pues ahí verá V. Usted opina de esa manera y hay quien prefiere ese á todos los demás. Cuestión de gustos. Y como aquí hemos de procurar complacer á todo el mundo...

Joséito.—Mataró.—Los cantares no sirven. Gracias por su galantería.

Imp. de Calzada é Hijo Arco del Teatro 9, (pasage).

GRAMATICA INFANTIL, POR «MECACHIS»



—Vamos á ver: y ¿qué es punto?
 —Pues *punto* eres tú, porque cuando Ricardito viene á ver á mamá, le dice siempre: «¡Buen punto está tu marido!»

ANUNCIOS

CORRESPONSAL

exclusivamente encargado de la venta de

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID:

D. JULIAN RODRIGUEZ,

KIOSCO DE LA UNIVERSIDAD

PLAZA DE SANTO DOMINGO

donde expende también toda clase de libros, periódicos y objetos de escritorio.

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, ILUSTRADO, FESTIVO.

VERTALLANS, 3, 1.º BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.		2'50 "

ADVERTENCIA.—Reimpresos todos los números agotados, en breve se pondrán á la venta colecciones de los dos últimos años al precio de 8 pesetas para los señores suscriptores y 10 pesetas para los que no lo sean